

do tengan veinte años». Si la saben leer, pocos libros de educación pueden superarle en enseñanza; enseñanza verdad, deducida del relato de hechos reales, y no de los sofismas de una argumentación empalagosa. Por eso he dicho más arriba que, en SAFO, el autor no sólo ha hecho una obra buena, sino también una buena obra. Lo primero bastaba para su gloria, y es obra del novelista; lo segundo lo ha hecho el padre, y no es menos digno de aplauso.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE

# SAFO

## COSTUMBRES DE PARÍS

### I

—Vamos á ver, míreme usted... me gusta el color de esos ojos... ¿Cómo se llama usted?

—Juan.

—¿Juan á secas?

—Juan Gaussín.

—Meridional, lo deduzco del apellido.....  
¿Edad?

—Veintiún años.

—¿Artista?

—No, señora.

—¡Ah! Más vale así...

Estos fragmentos de diálogo, casi inteligibles en medio de los gritos, risas y bailables de un sarao de trajes, cruzábanse una noche de Junio



entre un gaitero italiano y una labradora egipcia en el invernáculo de palmeras y helechos arborescentes que servía de fondo y término al estudio de artista de Déchelette.

Al insistente interrogatorio de la egipcia, contestaba el gaitero con la ingenuidad de sus pocos años, con el abandono y el desahogo de un meridional que ha enmudecido largo rato. Extraño á toda aquella sociedad de pintores y escultores, habiendo perdido de vista, desde que entró, al amigo que hasta allí lo condujo, dos horas llevaba de consumir su paciencia paseando su lindo rostro rubicundo, curtido y dorado por el sol, con sus cabellos de rizo apretado y corto como las pieles de cordero de su disfraz: y una ovación de que no se daba cuenta, surgía y cuchicheaba alrededor suyo.

Las espaldas de los que bailaban empujábanle rudamente; risas de aprendices se burlaban de la gaita que llevaba en banderola y de su espolio montañés, pesado é incómodo para aquella noche de estío.

Una japonesa, de mirar callejero, cuyo rodete sostenían muy subido unos cuchillos de acero, provocándole, tataba la copla *jahl*

*qué guapo, qué guapo es el postillón!...*, mientras que una desposada española, al pasar del brazo de un jefe de la tribu apacha, le encajaba en las narices violentamente su ramo de jazmines blancos.

Nada comprendía, á pesar de estas insinuaciones: creíase por todo extremo ridículo, y se acogió á la fresca sombra de la galería de cristales que bordeaba un vasto diván, bajo las plantas verdes. Vino inmediatamente aquella mujer y se sentó á su lado.

¿Era joven? ¿Hermosa? No lo hubiera podido decir... De la envoltura de lana azul en que ondulaba, amplio, su desenvuelto busto, salían los brazos redondos y finos, desnudos hasta los hombros; y sus manos pequeñas, sobrecargadas de sortijas, sus ojos pardos, rasgados y engrandecidos por los raros adornos de hierro que caían sobre la frente, componían un armónico conjunto.

Era indudablemente una actriz: acudían muchas á casa de Déchelette; y este presentimiento no era lo más á propósito para que su turbación desapareciese, puesto que tal especie de individuos inspiróle siempre al-



go de miedo. Hablaba muy de cerca, apoyando el codo en la rodilla y la cabeza en la mano, con grave dulzura y cierto cansancio... «¿Conque del Mediodía? ¿De veras?... ¿Y con esos cabellos tan rubios?... ¡Eso sí que es un extraordinario!»

Y quiso saber si llevaba mucho tiempo de residencia en París, si era muy difícil el examen de la carrera consular para el cual se estaba preparando, si conocía ya mucha gente y por qué se encontraba en el sarao de Déchelette, en la calle de Roma, tan lejos de su barrio latino.

Cuando pronunció el apellido del estudiante que le hubo presentado en el baile... «La Gournerie... pariente del escritor... Ella quizás lo conociera...» la expresión de aquel rostro femenino cambió, y repentinamente púsose sombrío; pero él no paró mientes en tal cosa, pues estaba en la edad en que los ojos brillan sin ver nada. La Gournerie había prometido que estaría allí su primo, y que se lo presentaría. «Me gustan tanto sus versos... tengo tantos deseos de conocerle...»

Sonrió compadeciendo su candor; encogióse

lindamente de hombros, mientras que apartaba con su mano las ligeras hojas de un bambú, mirando á la concurrencia para tratar de distinguir entre la gente al hombre célebre.

En aquel momento la fiesta brillaba animada y movida como la apoteosis de una magia. El estudio ó taller, mejor dicho el salón, puesto que en él no se trabajaba, desenvolviéndose por toda la altura del hotel, para no formar más que una habitación inmensa, recibía sobre sus tapices claros, ligeros, estivales, sus cortinillas de resorte de paja fina ó de gasa, sus biombos de laca, su cristalería multicolor, y sobre el cerco de rosas amarillas que guarnecían el hogar de una alta chimenea Renacimiento, el alumbrado vario y caprichoso de inmensas linternas, chinas, persas, moriscas, japonesas, unas de hierro encalado, cortadas en forma ojival como la puerta de una mezquita, otras de papeles de color semejanado frutos, y otras desplegándose en abanico, afectando formas de flores, de ibis, de serpientes, y de improviso grandes arranques de luz eléctrica, rápidos y azulados, hacían palidecer aquellos millares de luces y resquebrajaban con una



claridad lunática los rostros y los hombros desnudos, toda la fantasmagoría de telas, plumas, talcos y cintas que se arrugaban en el baile, y se sobreponían en la escalera holandesa de ancho tramo que empezaba desde las galerías del primer piso, por las cuales veíanse sobresaliendo los clavijeros de los contrabajos y el frenético compás llevado por la batuta del director de orquesta.

Desde su asiento, miraba el joven todo aquello á través de una red de ramas verdes y de bejucos floridos, que se confundían con la decoración, la cercaban, y por una ilusión de óptica lanzaban en el vaivén del baile guirnaldas de glicinas sobre la cola de plata de un traje de princesa, ó cubrían otras veces con una hoja de dragena, á manera de toca, un lindo palmito de pastora de la época de la Pompadour; y ahora el interés del espectáculo hallábase para él duplicado por el encanto de saber por su egipcia los nombres, todos gloriosos, conocidos todos, que ocultaban aquellos disfraces de tan divertida y caprichosa variedad.

Aquel pertiguero, con su látigo perrero en banderola, era Jadín; y un poco más allá, aque-

lla sotana rapada de cura de aldea, disfrazaba al viejo Isabey, que parecía más alto merced á una baraja metida, á guisa de plantilla, en sus zapatos de lazo. El tío Corot sonreía bajo la enorme visera de su gorra de inválido. Le enseñó también á Tomás Couture, disfrazado de *bulldog*, á Jundt de alguacil y á Cham de papagayo.

Y otros disfraces históricos y serios, un Murat empenachado, un príncipe Eugenio, un Carlos I, con lo que se vestían pintores jóvenes, demostrando á las claras la diferencia entre dos generaciones de artistas, estos últimos, serios, fríos, cabezas de bolsistas avejentadas con esas arrugas especiales que ahondan las preocupaciones del dinero, y los primeros añiados, con mucha más traza de chiclelos, de aprendices alborotadores y desenfrenados.

Á pesar de sus cincuenta y cinco años y los lauros del Instituto, el escultor Caoudal, vestido de húsar de feria, desnudos los brazos hasta mostrar sus hercúleos biceps, batiendo sus largas piernas á guisa de portapliegos una paleta de pintor, contoneaba un solo de caballero del



tiempo de la *Grande Chaumière* frente á frente del maestro compositor de Potter, disfrazado de muezín en día de huelga, con el turbante la-deado, no permitiéndole su obesidad otra cosa que la mímica del baile y vocinglando el *¡La Allah, el Allah!* con voz de falsete.

Rodeaba la gente á estos ilustres jocosos, formando gran círculo, que hacía detenerse á los demás bailarines; en primera fila, Déchelette, el dueño de la casa, recogía la vista, y bajo su alto gorro persa, destacaba su nariz de kalmuco, su barba canosa, viéndosele complacido ante la alegría de los demás, divirtiéndose extraordinariamente, sin aparentarlo en manera alguna.

El ingeniero Déchelette, un tipo del París artístico de hace diez ó doce años, muy bondadoso, muy rico, con veleidades de arte, y aquellos sueltos modales, aquel desprecio de la opinión que se adquieren en la vida de viajero y célibe, tenía entonces la empresa de una línea férrea de Tauris á Teherán: y todos los años, para reanimarse de los diez meses de trabajo de noche, bajo la tienda de campaña, de galopes febriles á través de arenales y pantanos, re-

gresaba una vez para pasar los dos meses de grandes calores en este hotel de la calle de Roma, construído con arreglo á planos hechos por él mismo, amueblado como residencia veraniega, y en el cual reunía á los hombres de talento y á las mujeres bonitas, pidiendo á la civilización que le diere concentrada, en unas cuantas semanas, la esencia de lo picante y sabroso que hay en ella.

«Déchelette ha vuelto». Tal era la noticia que circulaba por los estudios de artista, en cuanto miraban levantarse, como el telón de un teatro, el inmenso cortinón de cutí sobre los cristales del hotel. Aquello significaba que daba comienzo la fiesta, y que había ya por delante dos meses de músicas y banquetes, bailes y francachelas, todo lo cual interrumpía el silencioso sopor del barrio de Europa en aquella época de veraneo y baños de mar.

Déchelette no intervenía personalmente, poco ni mucho, en aquella bacanal que retumbaba en su casa día y noche. Este jaranero incansable aportaba al placer un frenesí en frío, una mirada vaga y regocijada, como narcotizada por el *hatschis*, pero imperturbable por su tranquili-



dad y lucidez. Buen amigo, dando lo que le pedía sin contar, tuvo hacia las mujeres el menosprecio del hombre de Oriente; desdén que era un compuesto de indulgencia y cortesía: y entre todas las que allí acudieron atraídas por su gran fortuna y lo alegre del fantástico medio ambiente, ni una sola pudo vanagloriarse de haber sido su favorita más de un día.

—A pesar de todo, es buen hombre...—añadió la egipcia, que daba estos informes á Gaussín. É interrumpiéndose de pronto.—Ahí tiene usted á su poeta...

—¿Dónde está?

—Delante de nosotros... disfrazado de novio de aldea...

El joven no pudo reprimir un «¡oh!» de desencanto.

¡Su poeta! Aquel hombre grueso, sudoso, luciente, haciendo gala de su pesada gracia, envuelta en el cuello postizo de dos puntas y el chaleco rameado de Juanón... Viniéronsele á la memoria las grandes exclamaciones desesperadas del *Libro del Amor*, del libro que no pudo leer nunca sin sentir algo de fiebre, y en voz alta, maquinalmente, recitó:

Para animar el mármol soberbio de tu cuerpo  
¡oh Safo! di la sangre caliente de mis venas.

Volvióse ella con viveza, haciendo sonar sus bárbaros adornos.

—¿Qué dice usted?

Eran versos de La Gournerie: extrañóse de que no lo supiera.

—No me gustan los versos...—replicó con sequedad; y quedóse en pie, con las cejas fruncidas, mirando el baile y estrujando nerviosamente los hermosos racimos de lilas que colgaban á su alcance. Luego, haciendo todo el esfuerzo que debió costarle semejante decisión:

—Buenas noches—dijo; y desapareció.

El pobre gaitero quedóse estupefacto. «¿Qué le ha dado? ¿Qué he dicho yo?» Devanóse los sesos, no halló nada, y pensó á la postre que sería lo mejor irse á acostar. Recogió melancólicamente su gaita, y reapareció en el baile, menos inquieto por la fuga de la egipcia que por todo aquel gentío, por en medio del cual érale preciso atravesar para llegar á la puerta.

El sentimiento de su obscuridad entre tantas ilustraciones, hacíale más tímido. No bailaban ya: algunas parejas desbandadas se encarni-



zaban con los últimos compases de un vals que agonizaba, y entre ellas Caoudal, maravilloso y gigantesco, giraba con la frente erguida, sosteniendo en sus brazos colorados una linda calcetera, cuya cofia movía el aire agitado de la danza.

Por las grandes vidrieras del fondo, abiertas de par en par, entraban ráfagas de aire y rayos de luz matinales y blanquecinos, agitando las hojas de las palmeras, tendiendo las llamas de las bujías como si se propusieran apagarlas. Un farolillo se quemó: estallaron algunas arandelas, é instalaron en la sala, los criados, veladores redondos como en las galerías de los cafés. Siempre cenaban así, en grupos de cuatro ó cinco, en casa de Déchelette; y en aquellos momentos, buscábanse y reuníanse las simpatías.

Entonces se oían gritos y llamamientos feroces; el siseo de la calle de París contestando al tableteo de las jóvenes de Oriente, y coloquios en voz baja, risas voluptuosas de mujeres, á las que llevaban sujetas con una caricia.

Gaussín se aprovechaba del tumulto para deslizarse hacia la salida, cuando su amigo, el

estudiante, le detuvo, sofocado, desencajados los ojos, con una botella bajo cada brazo. «¿Pero dónde se mete usted?... Le estoy buscando por todas partes... Tengo mujeres... la Bachellery, la de los Bufos... la que va de japonesa, ya sabe usted..., me encarga que le lleve conmigo. Venga usted pronto...»

Y volvió á marcharse corriendo.

El gaitero italiano tenía sed: además le incitaba la embriaguez del baile y el palmito de la comiquilla que le hacía señas desde lejos. Pero una voz seria y dulce murmuró: «No vayas...»

Estaba allí la de antes, á su lado, llevándole hacia fuera, y la siguió sin vacilar. No fué por el atractivo de aquella mujer; apenas la había mirado, y la otra que le llamaba desde el fondo levantando con la cabeza los cuchillos de acero de su cabellera, le gustaba mucho más. Pero obedecía á una voluntad superior á la suya, á la violencia impetuosa de un deseo.

—¡No vayas!...

Y de improviso, halláronse los dos en la calle de Roma. Los coches de alquiler esperaban ~~pero~~ ~~cuando~~ ~~se~~ ~~en~~ ~~la~~ ~~niebla~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~ma-~~



drugada. Los barrenderos, los obreros que iban á su trabajo, miraban aquella fiesta atornadora y desbordada, aquella pareja de máscaras, un martes de Carnaval en pleno verano.

—¿A su casa de usted, ó á la mía?...—le preguntó. Sin explicarse la razón, pensó que sería mejor en su casa; dió las señas de su lejano domicilio al cochero, y durante el trayecto, que fué largo, hablaron poco.

Retuvo ella únicamente una mano entre las suyas, que le hicieron la impresión de ser pequeñas y estar heladas, y á no existir el frío de este enlace nervioso, hubiera podido figurarse que dormía reclinada en el fondo del coche, resbalando por su rostro el reflejo azulado de la cortinilla de resorte.

Detuviéronse en la calle de Jacob, delante de una casa de estudiantes. Había que subir, cuatro pisos; era alto y cansaba. «¿Quieres que te suba?» dijo riendo, pero en voz baja, por no despertar á nadie en aquella casa dormida. Envolvióle en una espaciosa mirada, menospreciadora y tierna, una mirada experta que le sondeó y significaba claramente: «¡Pobre niño!...»

Entonces, con un hermoso arrebató, propio

de su edad y del Mediodía, la cogió, la levantó como á una chicuela, porque era sólido y rehecho, á pesar de su cutis blanco de señorita, y subió el primer piso de un tirón, dichoso por aquel peso que le ataba al cuello dos hermosos brazos, frescos y desnudos.

El segundo piso le resultó más largo y sin encanto. La mujer se abandonaba, hacíase cada vez más pesada. El hierro de sus colgajos de adorno, que al principio acariciábale como un cosquilleo, entraba poco á poco y cruelmente en sus carnes.

En el tercero respiraba anheloso como un cargador de pianos: faltábale el aliento; mientras que ella, encantada, entornados los párpados: «¡Oh, querido, qué bueno es esto... qué bien se val...» Y los últimos peldaños que iba subiendo uno á uno, antojáronsele los de una gigantesca escalera, cuyas paredes, tramos y estrechas ventanas daban vueltas en espiral inacabable. No era ya una mujer lo que llevaba, sino más bien una cosa pesada, horrible, que le ahogaba y que á cada instante veíase tentado á soltar, á tirar lejos de sí con ira, á riesgo de un choque brutal.



Al llegar al estrecho descansillo: «¡Yal...» dijo ella abriendo los ojos. Y él pensaba «¡por fin!...» pero no pudo decirlo, muy pálido, llevándose ambas manos al pecho que estallaba.

Toda su historia fué aquella subida de la escalera, en medio de la tristeza gris de la mañana.

## II

Túvola él dos días: fuése después, dejándole una impresión de cutis suave y de ropa blanca fina, sin más informes que su nombre, las señas de su casa y estas palabras: «Cuando usted me desee, llámeme...; siempre estaré pronta á venir.»

En la pequeñísima tarjeta, elegante y perfumada, se leía:

FANNY LEGRAND

*Calle de la Arcada, 5.*

La colocó en la luna de su espejo, entre una invitación para el último baile del Minis-



tro de Estado y el programa coloreado y caprichoso de la velada de Déchelette, que eran las dos únicas fiestas de sociedad á que había asistido en aquel año; y el recuerdo de la mujer que durante algunos días vagaba alrededor de la chimenea como aquel delicado y ligero perfume, se evaporó con él, sin que Gaussín, serio, trabajador, desconfiando siempre, más que de nada, de las seducciones de París, experimentase el capricho de renovar amoríos de una noche.

El examen ministerial se verificaría en Noviembre. Quedábanle tres únicos meses para prepararse. Luego seguiría al examen una residencia de tres ó cuatro años en las oficinas del servicio consular: después iríase á cualquier parte, muy lejos. Esta idea de emigración no le asustaba, porque en la familia Gaussín de Armandy, antigua en Aviñón, la tradición era que el primogénito de los hijos siguiese lo que se llama *la carrera*, con el ejemplo, estímulo y protección moral de los que en ella le precedieron. Para este provinciano, París era únicamente la primera escala de una larguísima travesía, impidiéndole, por tanto, tra-

bar ninguna relación seria de afectos en amores y amistad.

Una ó dos semanas después del baile de Déchelette, y una noche que Gaussín, encendida la luz y preparados los libros sobre la mesa, empezaba á trabajar, llamaron tímidamente, y al abrir la puerta, presentósele una mujer con traje elegante y claro. No la reconoció hasta que se levantó el velillo.

—Heme aquí, soy yo... vuelvo...

Pero apercibiéndose en seguida de la mirada inquieta, mortificado, que lanzó sobre la tarea dispuesta: «¡Oh! no le molestaré á usted... ya sé lo que es eso...» Desató su sombrero, apoderóse de una entrega del *Viaje alrededor del mundo*, instalóse y no se movió ya, absorpta aparentemente en la lectura; pero cada vez que él levantaba los ojos, encontraba su mirada.

Y á la verdad, érale precisa mucha energía para no cogerla en seguida en sus brazos, porque estaba muy incitante y tenía grande encanto con su cabecita de frente pequeña, de nariz corta y labio sensual y bondadoso, y la flexible madurez de su talle, dentro de aquel



vestido de confección parisiense, menos terrible á la vista que su espolio de mujer egipcia.

Marchóse á la mañana siguiente muy temprano, volvió varias veces durante la semana, y siempre se presentaba con la misma palidez, las mismas manos, húmedas y frías, la misma voz entrecortada por la emoción.

—¡Oh, ya conozco que te fastidio—decíale,—que te cansol Yo debiera ser más altiva... ¡Si supieras! Todas las mañanas, cuando me separo de tí, juro no volver; luego por la noche, esto me ataca otra vez, como una locura.

Mirábala, divertido, y por su desdén hacia la mujer, sorprendido de aquella persistencia amorosa. Las que conociera hasta aquel entonces, mujercuelas de la cervecería, de los patines, á veces jóvenes y lindas, dejábanle siempre la repulsión de su risa estúpida, de sus manos de cocineras, sus instintos y conversación groseros, por todo lo cual necesitaba renovar el aire cuando se marchaban. En sus creencias de inocente, figurábase parecidas y semejantes á todas las mujeres de vida airada. Sorprendíale, pues, hallar en Fanny una

dulzura, una reserva verdaderamente señoriles, con la ventaja—sobre las burguesas que trató en provincias en casa de su madre—de un barniz artístico, un conocimiento de todo, lo cual daba á sus diálogos interés y variedad.

Además, era filarmónica, acompañábase al piano y cantaba con una voz de contralto algo gastada y desigual, pero educada, romanzas de Chopin ó de Schumann, tonadillas del Berry, borgoñonas ó picardas, de las que tenía un repertorio completo.

Gaussín, que deliraba por la música, ese arte de holganza y aire libre en que se deleitan los de su tierra, exaltábase con los sonidos á las horas del trabajo, y arrobaba en ellos sus ocios con delicia. Era esto lo que más le encantaba en Fanny. Se mostraba maravillado de que no estuviese ajustada en algún teatro, y de aquí llegó á saber que había cantado en el Lírico. «Pero no me duró mucho tiempo... me aburría demasiado...»

Y, con efecto, nada había en ella de lo estudiado y convencional de que adolecen las mujeres de teatro, ni siquiera la más leve sombra de vanidad ó engaño, aunque sí únicamente



cierto misterio acerca de cómo vivía lejos de él, misterio cerrado hasta en las mismas horas de pasión, en el que no intentaba penetrar su amante por no sentir curiosidad ni celos, dejándola venir á la hora prefijada, sin mirar siquiera el reloj, ignorando todavía la sensación de la espera, esas grandes alarmas con que golpean á sus anchas en el pecho el deseo y la impaciencia.

De vez en cuando, por ser el verano muy hermoso en aquel año, ibanse á la descubierta de todos esos lindos retiros de los alrededores de París, cuya posición geográfica precisa y detallada ella conocía. Confundíanse con las expediciones numerosas y turbulentas, en las estancias del arrabal exterior; almorzaban en algún ventorrillo situado á la linde de los bosques ó del agua corriente, evitando tan sólo ciertos sitios muy frecuentados. Un día propúsola ir á Vaux-de-Cernay. «No, no... allí no... van muchos pintores...»

Y esta antipatía á los artistas hízole recordar que fué la que marcaba los comienzos de su mutuo amor. Ocurriósele preguntar la causa. «Son—le contestó—viciosos, enredadores, que

cuentan siempre mucho más de lo que es cierto... me han hecho mucho daño...»

Protestó: «Sin embargo, el arte es hermosa cosa... Nada sirve mejor que el arte para embellecer y ensanchar la vida.»

—Escucha, querido; lo que es hermoso, es ser sencillo y probo como tú, tener veinte años y amarse mucho...

¡Veinte años! Nadie la hubiera calculado otra edad al verla tan viva, tan lista siempre, riéndose por todo, y encontrándolo todo bien.

Una tarde, en Saint-Clair, en el valle de Chevreuse, hubieron de llegar la víspera de la fiesta, y no encontraron un cuarto para hospedaje. Era tarde y precisaba atravesar una legua de bosque durante la noche para detenerse en el inmediato pueblo. Les ofrecieron, por último, un catre que estaba desocupado en la habitación extrema de la granja, donde dormían unos albañiles.

—Vamos allá—dijo ella riéndose;—esto me recordará mi época de miseria.

Había conocido la miseria.

Se deslizaron á tientas por entre los catres ocupados en la gran sala blanqueada, en la que



humeaba una lamparilla dentro de una celdilla hecha en la pared: y estrechándose uno contra otro toda la noche, ahogaban sus besos y risas, oyendo roncar y gemir de cansancio aquellos camaradas, cuyos chaquetones y pesados zapatos de trabajo veíanse colgados ó tirados muy cerca del traje de seda y las finas botinas de la parisiense.

Al amanecer abrióse una gatera en lo bajo de la ancha puerta: un destello de luz blanca rozó el lienzo de los catres y la tierra removida, mientras que una voz bronca gritaba: «¡Eh, los de la cuadrilla!...» Luego armóse en la granja, vuelta á las tinieblas, un tumulto penoso y lento; bostezos, desperezos, toses fuertes, los tristes ruidos humanos de un rancho que se despierta; y pesados, silenciosos, los Limosinos se fueron uno tras otro, sin sospechar que habían dormido cerca de una mujer hermosa.

Se levantó en seguida, púsose el traje á tientas, se recogió deprisa el cabello. «Quédate aquí... vuelvo...» Y volvía al poco rato, con un enorme brazado de flores del campo, cuajadas de rocío. «Ahora durmamos...» dijo, esparciendo ~~sobre la cama aquella~~ olorosa frescura de la

flora matinal, que purificaba la atmósfera en que estaban respirando. Y nunca le pareció tan linda como en aquella cuadra de granja, risueña al amanecer, con sus finos cabellos desordenados y con sus hierbas silvestres.

Otra vez, almorzaban en Ville-d'Avray delante del estanque. Una mañana de otoño envolvía en nieblas el agua tranquila y el añublo de los bosques que se veían enfrente; y solos en el jardincito del restaurant, abrazábanse comiendo peces de río; de pronto, desde un pabellón rústico, puesto entre las ramas del plátano á cuyo pie tenían ellos su mesa, una voz fuerte y burlona les llamó:

—Oigan, vecinos, cuando acaben de arrullarse...

Y el rostro leonino, el rojo vigote del escultor Caoudal asomóse á la ventana formada con troncos en su chalet.

—Me dan ganas de bajar á almorzar con vosotros... Me aburro como un buho en mi árbol...

Fanny no contestó, visiblemente molestada por aquel encuentro; él, por el contrario, aceptó en seguida, lleno de curiosidad con respecto



al artista célebre, y halagado por tenerle á su mesa.

Caoudal, muy presumido con el aparente descuido de su traje, en el que todo estaba calculado, desde la corbata blanca de crespón de la China para aclarar su tez entrevelada de arrugas y barros, hasta el chaquetón ajustado á la cintura, aún esbelta, y á los salientes de los músculos, Caoudal parecióle más viejo que cuando lo vió en el baile de Déchelette.

Pero lo que le sorprendió y llegó á turbarle un tanto, fué el tono de intimidad que adoptó el escultor de su querida. Llamábala Fanny, la tuteaba.

—No sabes—la decía colocando su cubierto en el mantel;—no sabes que soy viudo desde hace quince días. Maria se fué con Morateur. Al principio tomé la cosa con calma... pero esta mañana, al entrar en el estudio, sentíme decaído como nunca... era imposible trabajar... Entonces abandoné el grupo que estoy haciendo y me vine á almorzar al campo. Mala idea, cuando se viene uno solo... He estado á punto de llorar sobre mi guisado de conejo...

Luego, mirando al provinciano, cuyo vello

de barba y cabellos rizados tenían el color del vino de Sauterne en las copas:

—¡La juventud sí que es bella!... No haya miedo de que á éste le abandonen... Y lo mejor es que se pega... Esta parece tan joven como él...

—¡Bribón!...—replicó ella riéndose.

Y su risa era, en efecto, la seducción, que no tiene edad; la juventud de la mujer que ama y quiere hacerse amar.

—¡Sorprendente.... asombrosa!—murmuraba Caoudal examinándola mientras comía, con una arruga de tristeza y de envidia, que gesticulaba en el extremo de sus labios. «Díme, Fanny: ¿te acuerdas de un almuerzo aquí... hace muchos años...? ¡Diantre!... estábamos Ezano, Dejoie, toda la pandilla... tú te caíste al estante. Te vestimos de hombre con el traje del guarda. Te sentaba ricamente bien...»

—No me acuerdo...—contestó secamente y sin mentir, porque estas criaturas tornadizas y del azar no están nunca más que en lo que hacen de presente á la hora de su amor. No tienen memoria de lo que precede, ni temor de lo que pueda suceder.



Caoudal, por el contrario, consagrado al pasado, contaba á tragos de Sauterne sus hazafias de robusta juventud, de amor y bebida, giras campestres, bailes en la Ópera, cargas de estudio, luchas y conquistas. Pero al volverse para mirarlos, encendida de nuevo en sus ojos la chispa de todas aquellas llamas que removía, apercibióse de que no le escuchaban poco ni mucho, entretenidos en desgranar, el uno en los labios del otro, las uvas de un racimo

—¡Qué tonto es lo que estoy contandol... Sí, sí, os estorbo... ¡Ah, voto al diablo!... Ser viejo es lo más estúpido...

Se levantó, tiró su servilleta. «¡Yo pago el almuerzo, compadre Langlois!...» gritó yendo hacia el restaurant.

Alejóse tristemente, arrastrando los pies, como roído por un mal incurable. Los enamorados siguieron con la vista largo rato su alta estatura, que se inclinaba bajo los ramajes de color de oro.

—¡Pobre Caoudal!... cierto es que se aplana...—murmuró Fanny con acento de dulce conmiseración; y como Gaussín se mostrara indignado de que María, una mujerzuela, una

modelo, pudiese divertirse con los sufrimientos de un Caoudal y preferir al gran artista... ¿quién?... Morateur, un pintorcillo sin talento, que no tenía en favor suyo más que su juventud; echóse á reír: «¡Ah, inocente... inocentel...» y cogiéndole la cabeza con ambas manos, echándole sobre su falda, aspiraba y respiraba sus ojos, sus cabellos, todo él, como un ramo de flores.

Aquel día, pasó Juan la noche por primera vez en casa de su querida, que le torturaba con este deseo desde tres meses antes: «Pero, bueno, ¿por qué no quieres?»

—No lo sé... me molesta.

—Puesto que te digo que soy libre, que estoy sola...

Y secundando el cansancio de la gira, llevóse á la calle de la Arcada, junto á la estación. En el entresuelo de una casa burguesa de honrado y silencioso aspecto, una criada vieja con toca campesina y áspero gesto les abrió la puerta.

—Es Machaume... ¡Hola, Machaume!...—dijo Fanny abalanzándose á su cuello. —No sabes, hélo aquí, mi amado, mi rey... lo traigo... Pronto, enciéndelo todo, embellece la casa...



Quedó Juan solo en un saloncito de ventanas abovedadas y bajas, cuyas colgaduras eran de la misma seda azul clara que tapizaba los divanes y algunos muebles barnizados de laca. En las paredes, tres ó cuatro paisajes alegraban y decoraban la tela; todos tenían la dedicatoria: «A Fanny Legrand». «A mi querida Fanny...»

Sobre la chimenea se veía un mármol de medio tamaño, reproducción de la «Safo», de Caoudal, cuyo bronce está por doquiera, y que Gaussín, desde muy niño, había visto en el despacho de su padre. Y á la luz de la única bujía colocada cerca del pedestal, apercibióse de la semejanza afinada y como rejuvenecida entre su amada y esta obra de arte. Aquellas líneas del perfil, aquel movimiento del busto bajo los ropajes, aquella redondez errática de los brazos enlazándose á las rodillas, éranle cosas conocidas é íntimas: la saboreaban sus ojos con el recuerdo de las más tiernas sensaciones.

Fanny, al encontrarle en éxtasis ante el mármol, exclamó con desenvoltura: «Tiene algo de mí ¿no es cierto?.. la modelo de Caoudal se me parecía...» Y llevóle inmediatamente á su alcoba, donde Machaume, refunfuñando, había pues-

to dos cubiertos sobre un velador. Encendidos todos los candelabros, hasta los brazos del armario de espejo, y con un hermoso fuego de leña, alegre como la primera fogata que ardía detrás del guardachispas, tenía aquello el conjunto y aspecto del cuarto de una mujer que se viste para ir al baile.

—He querido cenar aquí—dijo riéndose...— con eso estaremos más pronto en la cama.

Nunca vió Juan mobiliario más cuco. Las sedas chinas de Luis XVI, las muselinas claras de las alcobas de su madre y de sus hermanos, no daban idea de aquel nido enguatado, acolchado, en que la madera se ocultaba bajo los delicados rasos, en que la cama misma no era más que un diván más ancho que los otros, puesto en el fondo sobre pieles blancas.

Aquella caricia de luz y de calor, de reflejos azules que se extendían en los espejos biselados, era deliciosa después de su correría á campo-traviesa, de la turbonada que había tenido que soportar y el barro de los caminos hondos á la luz dudosa del crepúsculo. Impedíale no obstante, saborear, como verdadero provinciano, aquel *confort* de ocasión, el mal genio de la



criada, la mirada recelosa que en él tenía fija, hasta el punto de que Fanny la despidió concisamente: «Déjanos, Machaume... ya nos serviremos nosotros...» Y como la campesina dio un portazo al irse: «No hagas caso; se opone á que te quiera... dice que pierdo mi vida... estas gentes del campo son tan rapaces. Su culinaria vale más que ella... Prueba este pastel de liebre...»

Cortaba el pastel, destapaba el Champagne, olvidaba servirse para mirarle comer, haciendo á cada ademán subir hasta el hombro las mangas de un *gandoura* argelino de lana suelta y blanca, que se ponía siempre para andar por casa. Recordábale así su primer encuentro en casa de Déchelette: y estrechándose para caber en un solo sillón, comiendo en el mismo plato, habaron de aquel baile.

—¡Oh! yo—decía ella—desde que te ví te desecé... Hubiera querido cogerte, llevarte conmigo en seguida para que las otras no te poseyeran... Y tú, ¿qué pensaste cuando me viste?...

Primero hablale inspirado miedo: luego sintóse lleno de confianza, en completa intimidad

con ella. «Y por cierto, añadió, que no te he preguntado todavía una cosa... ¿Por qué te enfadaste... por dos versos de La Gournerie?...»

Tuvo el mismo entrecejo que en el baile, y luego, moviendo la cabeza: «¡Por tonterías!... no hablemos de ello...» Y echándole los brazos al cuello: «Es que yo también tenía mi poquito de miedo... quería huir, dominarme... pero no pude, no podré jamás...»

—¡Oh, jamás!

—Ya lo verás.

Se limitó á responder con la sonrisa escéptica de su edad, sin parar mientes en el acento apasionado, casi amenazador, con que se le dijo este «ya lo verás...» ¡Aquel abrazo de mujer era tan dulce, tan sumiso! Creía firmemente que un solo gesto suyo bastaba para desatar el nudo.

¿Y para qué libertarse?... Estaba tan bien en el regalo de esta alcoba voluptuosa, tan deliciosamente aturdido por aquel aliento, caricia de sus párpados que se agitaban con la pesadez del sueño, llenos de visiones fugitivas, bosques añosos, prados, molinos, fuentes, todo su día de amor en el campo...



Por la mañana le despertó sobresaltado la voz de Machaume, gritando á los pies de la cama, sin el menor misterio: «Ahí está... quiere hablarla á usted!...»

—¡Cómo! ¿Qué quiere? ¿De manera que yo no estoy ya en mi casa... y tú le dejas entrar?...

Enfurecida saltó, escapóse de la alcoba, medio desnuda, con la batista abierta. «No te muevas, querido... vuelvo...» Pero él no la esperó, y no se tranquilizó hasta que, levantado á su vez y vestido, vióse calzado y á pie firme.

Recogiendo las prendas de su traje en la alcoba herméticamente cerrada en que la lamparilla alumbraba aún el desorden de la cena, oía el ruido de una disputa terrible, que ahogaban los tapices del salón. Una voz de hombre, irritada primero, luego suplicante, cuyos gritos acababan en sollozos, en lacrimosas debilidades, altercaba con otra voz que no reconoció al pronto, dura y ronca, cargada de odio y de frases innobles, llegando ambas hasta él como una reyerta de mujeres de cervecería.

Y todo aquel amoroso lujo se deslustraba con ella; degradábase con una salpicadura de manchas en la seda; la mujer, mancillada también,

estaba al nivel de las otras que él despreciara antes.

Volvió á entrar palpitante, recogiendo con un hermoso ademán su cabellera esparcida: «¿Hay nada más tonto que un hombre que llora?...» Luego, viéndole en pie, vestido, lanzó un grito de coraje: «¡Te has levantado!... vuelve á acostarte... en seguida... lo quiero...» Dulcificando de improviso su acento, y acariciando con la expresión y con la voz: «No, no te vayas... no puedes irte así... sobre todo, porque estoy segura de que ya no volverás.»

—Sí... ¿por qué no?

—Jura que no te has enfadado, que vendrás... ¡Oh, es que yo te conozco!

Juró lo que ella quiso, pero no volvió á acostarse, á pesar de sus súplicas y de las reiteradas seguridades de que ella estaba en su casa, y era libre en su vida y en sus actos. Al fin pareció resignarse á verle partir y le acompañó hasta la puerta, sin que reapareciese la fauna delirante, antes por el contrario, muy humilde, tratando de hacerse perdonar.

Una larga y profunda caricia de despedida los retuvo en el recibimiento.



—Conque... ¡hasta cuándo!...—le preguntaba  
fijos los ojos en sus ojos. Iba á contestar, á men-  
tir sin duda, en su prisa por verse fuera, cuando  
un campanillazo le detuvo. Machaume salió de  
su cocina, pero Fanny la detuvo con una seña:  
«No... no abras...» Y quedáronse allí los tres,  
inmóviles, sin hablar.

Oyóse un gemido ahogado, luego el roce de  
una carta que se deslizaba por debajo de la  
puerta, y pasos que bajaban lentamente, «¡Bien  
te decía yo, que era libre!... ¡Tomal!» Y entregó  
á su amante la carta que acababa de abrir, una  
pobre carta de amor, muy baja, muy cobarde,  
escrita con lápiz, deprisa, sobre una mesa de  
café, y en la que el desdichado pedía perdón por  
su locura de la mañana, reconociendo no tener  
sobre ella ningún derecho más que el que ella  
tuviera á bien concederle; suplicaba con las ma-  
nos juntas que no se le desterrase para siempre,  
prometiéndolo aceptar todo, resignarse á todo!...  
¡pero no perderla, Dios mío, no perderla!...

«¡Qué tal!...» díjole con malévola risa: y esto  
acabó de cerrarla el corazón que ella quería con-  
quistar. A Juan le pareció cruel. Ignoraba toda-  
vía que la mujer que ama no tiene entrañas más

que para su amor, y todas sus fuerzas vitales  
de caridad, bondad, compasión y abnegación  
están absorbtas en provecho de un ser, de uno  
solo.

—Haces mal en burlarte... Esta carta es ho-  
rriblemente hermosa y desgarradora...—Y en  
voz baja, grave, cogiéndola las manos:—Va-  
mos á ver... ¡por qué le despidesi!...

—Porque no le quiero ya... no le amo.

—Sin embargo, era tu amante... Te ha dado  
este hijo con que vives, con que has vivido siem-  
pre, que te es necesario.

—Querido, replicó con su acento franco, cuan-  
do yo no te conocía, todo esto me pareció muy  
bien... Ahora es una fatiga, una vergüenza: se  
me revolvió el estómago... ¡Oh! ya lo sé, vas á  
decirme que lo tuyo no es serio, que tú no me  
quieres... Pero eso es asunto mío... Quieras ó no,  
yo te obligaré á que me ames.

No contestó; convino en una cita para el día  
siguiente y huyó dejando á Machaume, en pago  
de su pastel de liebre, algunos luises, que eran  
el fondo de su bolsa de estudiante. Por su par-  
te, aquello había concluido. ¡Con qué derecho  
iba á turbar esta existencia de mujer, y qué



podía ofrecerla en cambio de lo que la hiciera perder?

Escribiósele así en el mismo día, tan dulce y sinceramente como le fué posible, pero sin confesar que de sus relaciones, de aquel capricho amable y ligero, había sentido desprenderse de improviso algo violento y malsano, oyendo después de su noche de amor aquellos sollozos de amante engañado que alternaban con la risa de ella y sus palabrotas de lavandera.

En aquel mocetón, desarrollado lejos de París, en pleno apartado provincial, algo había de la rudeza paterna, y todos los nervosismos, todas las delicadezas de su madre, á la cual se parecía como un retrato. Y para defenderle contra los arrebatos del placer, uníase á esto el ejemplo de un hermano de su padre, cuyos desórdenes y locuras casi arruinaron á su familia y pusieron en peligro el honor del apellido.

¡El tío Cesáreo! Sólo con estas palabras y el drama íntimo que evocaban, podían exigírsele á Juan sacrificios mucho más temibles que el de aquel amorío al que nunca dió importancia. No obstante, fué más difícil romper que lo que él se imaginaba.

Formalmente despedida, volvió sin desanimarse ante sus negativas de verla, su puerta cerrada, sus consignas inexorables. «Yo no tengo amor propio...» le escribía. Acechaba la hora de sus comidas en el restaurant, y lo esperaba delante del café donde él leía sus periódicos. Y todo ello sin lágrimas ni escenas. Si iba acompañado, contentábase con seguirle, espiondo el momento en que se quedara solo.

«¿Quieres poseerme esta noche?... ¿No?... Entonces, otra vez será.» Y se marchaba con la resignada dulzura del buhonero que vuelve á abrochar las correas de su fardo, dejándole el remordimiento de sus durezas y la humillación de la mentira que balbuceaba á cada uno de estos encuentros. «Se acercaba la fecha del examen... No tenía tiempo... Después, más adelante, si ella seguía encaprichada...» En realidad pensaba, en cuanto fuese aprobado, tomarse un mes de vacaciones en el Mediodía, contando con que le olvidaría durante este tiempo.

Desgraciadamente, después del examen, Juan cayó enfermo. Una angina que cogió en uno de los pasillos del ministerio, descuidóla, y se empeoró. No conocía á nadie en París, excepción



hecha de algunos estudiantes de su misma provincia, de los que su exigente amor había separado, dispersándolos. Por otra parte, era en este caso preciso mayor abnegación que la corriente y vulgar, y desde la primera noche Fanny Legrand fué la que se instaló á la cabecera del lecho, sin separarse de él durante diez días, cuidándole sin cansancio, ni miedo, ni asco, diestra como una hermana de la caridad, con mimos tiernos que á veces en las horas de fiebre le recordaban una grave enfermedad de su niñez, y le hacían llamar á su tía Divonne; decir: «gracias, Divonne», cuando sentía las manos de Fanny sobre la humedad de su frente.

—No es Divonne... soy yo... yo te velo...

Salvábale de cuidados mercenarios, de la lumbré mal apagada, de las tisanas fabricadas en la caseta del portero; y Juan se maravillaba de lo alerta, ingenioso y expeditivo que eran aquellas manos de indolencia y voluptuosidad. Por la noche dormía dos horas sobre el diván, un diván de casa amueblada para estudiante, tan mullido como el banco de un puesto de prevención de policía.

—¡Pero tú no vas nunca á tu casa, mi pobre

Fanny?—la preguntó un día.—Ahora estoy mejor... Necesitarás tranquilizar á Machaume.

Echóse á reír. Ya había llovido desde que despidió á Machaume, y con ella toda la casa. Lo vendió todo: los muebles, los trapos viejos, hasta la ropa de cama. No le quedaba más que lo puesto y un poco de ropa blanca, salvada por la doncella... Ahora, si él la rechazaba, se encontraría en medio del arroyo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"SAN JOSE REYES"  
MONTERREY, MEXICO

29908